

<http://www.cubarte.cult.cu/periodico/opinion/otro-punto-de-vista-en-primera-persona%E2%80%A6/25409.html>

Otro punto de vista, en primera persona...

Por: [Julia Carriera Martínez](#)

Fecha: 2014-03-28 Fuente: CUBARTE

Hace algunos años ya un viejo profesor de Química —no se asusten, que por ahí también pasa la Cultura— legitimaba su modo de decir expresando con frecuencia que “después de cierta edad podemos hablar en primera persona del singular”.

Aprovecho la idea y, aunque no llego a su edad ni a su sabiduría, me apropio del modo para compartir algunas nociones y preocupaciones, a propósito de haber participado en un espacio de intercambio acerca de la gestión sociocultural y el desarrollo local, entre otros temas afines:

Creo en la diversidad, no por moda, sino por convicción y pertenezco al grupo humano que necesita convicciones.

Asumo la diversidad, no a nivel de discurso, sino en la práctica de vida cotidiana, con la paciencia y el aplomo que ello exige.

Hago la diversidad, no para demostrar mi cercanía a sospechosas corrientes humanistas contemporáneas, sino desde el respeto y la admiración que me provoca lo distinto, más aún si transgresor, desacralizante e iconoclasta.

Esta declaración de principios tiene el propósito así, de dejar sobre la mesa la postura que intentaré sostener en los siguientes párrafos, amén de que a continuación defienda una perspectiva que reconozco y enuncio en esos términos: *una*, dejando espacio para que otras muchas participen en el conjunto de criterios y experiencias con que se entretajan los sistemas conceptuales y metodológicos.

Así las cosas, una amiga me recordaba mientras escuchábamos las intervenciones en la ocasión antes mencionada, que desde aquellas llevadas y traídas clases de Filosofía Marxista recibidas hace ya algunas décadas, hemos escuchado las definiciones más abarcadoras de Cultura, en la palabra de encumbrados miembros de la intelectualidad universal; y esto sería irrelevante si no sucediera que, aún hoy, nuestros modos de utilizar tales conceptos caen en la contradictoria tendencia reduccionista de confundir lo general con lo particular, restringiendo la Cultura al espectro de las manifestaciones artísticas y dejando en “el aire” el resto de la obra humana.

Nada evidencia más esta tendencia —sostenida, aunque no sostenible— que la necesidad permanente de hacer aclaraciones al respecto.

Esa insuficiencia teórica marca, por supuesto, la construcción metodológica con que se pretende definir los caminos para convertir en actos las ideas y no faltan de esta manera planteamientos que refieren a la Cultura a modo de dimensión del desarrollo, visto este como legítima aspiración de la humanidad.

Pregunto entonces, desde la primera persona del singular: ¿Cómo reconocer en la Cultura el “todo” y luego intentar identificarla como una perspectiva o enfoque? ¿Qué parte del desarrollo humano y social transcurre al margen de la Cultura? ¿No sería más coherente con la concepción que hemos aceptado, desde aquellas viejas clases de Filosofía Marxista, asumir la equivalencia en el nivel categorial entre Cultura y Desarrollo?

Así las cosas, si la Cultura es el escenario y el camino hacia el Desarrollo y este, el Desarrollo, es el modo de realización y el fin de la Cultura, habría que encontrar cuáles son las dimensiones que como componentes comunes configuran el tejido interno de ambas nociones, legitimando la equivalencia declarada.

Y aquí me remito a un ejercicio de sistematización compartido y reiterado por profesores y participantes en diversas acciones de capacitación, realizadas en el Centro Nacional de Superación para la Cultura en el cual, desde las investigaciones y las experiencias de desempeño profesional en distintas áreas y roles del trabajo cultural, hemos reconocido un grupo de dimensiones que articuladas se complementan e integradas constituyen el contenido que sustenta la concepción de Cultura y Desarrollo que hemos formulado.

Desde esta modesta contribución consideramos —y aquí utilizo la primera persona del plural— los siguientes puntos de mira, áreas de actuación y estudio, que como componentes entretejidos y vinculados no deberíamos ignorar cuando de Cultura y Desarrollo se trate:

1- *Dimensión Humanista*: El ser humano, en su diversidad, como centro y protagonista.

2- *Dimensión Política*: La participación, diversa en sus modos de respuesta a las convocatorias, como forma de realización del protagonismo y el liderazgo.

3- *Dimensión Investigativa*: Ante la necesidad de reconocer antecedentes, actualizar modos de actuación y anticipar necesidades y soluciones de futuro.

4- *Dimensión Formativa*: Exigencia para cualificar los modos de participación, realizar la investigación y cubrir las expectativas que de ella se deriven.

5- *Dimensión Económica-financiera*: Indispensable la evaluación de los procesos en términos de eficacia, eficiencia y efectividad, a partir del manejo de recursos necesarios y aportados desde prácticas productivas.

6- *Dimensión Ambiental*: En el reconocimiento del medioambiente como escenario interactivo, cuyo cuidado y conservación debe ser pauta en los procesos de participación.

7- *Dimensión Tecnológica*: Insoslayable en la época en que vivimos, pues resulta condición que matiza y singulariza.

8- *Dimensión Artística*: Como perspectiva particular en planos de realización de la condición humana que aportan elementos específicos, revelando maneras de expresar percepciones y relaciones desde lo ético-estético y lo sensible-posible, que enriquecen las prácticas de vida cotidiana y generan experiencias trascendentes.

Estas miradas no agotan los contenidos identificables en el entramado que constituye el cuerpo orgánico configurador de nuestras nociones sobre Cultura y Desarrollo, como meta-procesos que se resisten a las aproximaciones dicotómicas y nos obligan a los acercamientos integrados en los que, como el *yin* y el *yan*, no tiene sentido pensar, decir y actuar en uno sin el otro. Nuevos ejercicios de sistematización pudieran revelar otros enfoques compartidos y útiles.

Los criterios expuestos no constituyen verdades absolutas e irrefutables. Apenas pretenden introducir otro punto de vista en el intento de concertación teórica y metodológica que hemos reconocido como necesario, para buscar coherencia entre los discursos y las prácticas, a tenor de que ninguna idea por repetida es suficiente si no la acompaña una forma de hacer que la valide.

Vuelvo así a la primera persona del singular, para reiterar mi fe en la diversidad y desde ella convoco a la reflexión, al intercambio horizontal y constructivo para edificar, desde todos los puntos de partida, consensos que nos permitan elaborar planteamientos y modos de crear donde la coherencia se funda con el rigor, para hacer sustentables y sostenibles nuestras prácticas de gestión cultural.

Nota

Julia Carriera Martínez: Profesora principal de Gestión cultural, Centro Nacional de Superación para la Cultura. Profesora Asistente de Gestión y Promoción cultural, FAMCA, Universidad de las Artes.

Temática: En la Comunidad